

COMPOSICION poética leída por su autor en el
Teatro del Progreso el 16 de Septiembre de 1888

16 DE SEPTIEMBRE.

I.

¡Surge, recuerdo bendito,
Del fondo de mi memoria,
Y dame un canto de gloria
Que llegue hasta el infinito!
Tu inspiración necesito
Y tus notas de armonía,
Para cantar la hidalguía
Jamás hollada ó vencida,
De mi patria bendecida,
La adorada patria mía.

II.

¡Anáhuac! Débil aliento
Entre mis labios murmura:
Sólo el rayo que fulgura
En el ancho firmamento,
Sólo su estruendoso acento
Fuera tu digna canción
Mas si falta inspiración
¡Oh patria! para cantarte,
En cambio para adorarte
Me basta mi corazón.

III

¡Anáhuac! ¡Cuál se mostraba
Tu magnífico esplendor
Cuando agreste flechador
Tu vírgen suelo pisaba.
Natura se recreaba
En tí, su obra bendita:
Y estaba tu gloria escrita

49

Cual sobre espléndido tul,
De tu hermoso cielo azul
En la bóveda infinita.

IV.

Del sol la púrpura breve
Teñía tus horizontes
Tras la cumbre de tus montes
Y tus volcanes de nieve;
Movía el céfiro leve
Las hojas del platanar,
Y te daban á la par
Sus frutos el cocotero,
Su perfume el limonero
Y su sombra el platanar.

V.

En tus bosques intrincados
De entretegidas lianas,
Torcían las yedras tempranas
Sus tallos ensortijados:
Los ibiscos encarnados
Se mecían blandamente;
Sobre la mansa corrietne
Los nenúfares vogaban,
Y los lirios se miraban
En el cristal de la fuente.

VI.

De Natura el sabio aviso
Aclamó con fuero airoso
Al azteca generoso
Por rey de aquel paraíso.
Y que fuera libre quiso,
Libre, sin penas ni duelo,
Como el viento parleruelo
Que silba en el carrizal,
Como el águila caudal
Que cruza el azul del cielo.

VII.

De pronto, noche sombría
Con enlutado capuz
Ocultó la clara luz
Que en el firmamento ardía.
El pueblo azteca gemía
Encadenado en la bruma,
Y el mar con olas de espuma

7

Batfa las costas febril,
Creyendo raza servil
La raza de Moctezuma.

VIII.

¡Más, escuchad! La tormenta
Ruge con sordo furor,
Y en estrépito y fragor
El ronco trueno revienta.
Y prosigue, y acrecienta
La ruda impetuosidad....
¡Quién mueve la tempestad
Sin que nada le intimide?
¡El pueblo, el pueblo que pide
La muerte ó la libertad!

IX.

En las cuencas de la sierra,
En lo alto de la montaña,
En el valle, en la cabaña,
Vibra el clarín de la guerra.
El arma con ansia aferra
Hasta del débil la mano,
Que aun al niño y al anciano
Ser libres el alma inspira,
Do quiera que se respira
El ambiente americano.

X.

Sublevóse el corazón
De aquella raza bravía
En cuyas venas hervía
La fiereza del león.
Y el retumbo del cañón
Fué su rugido violento,
Rugido que en el momento
En que se dejó escuchar,
Hizo airado retemblar
La tierra y el firmamento.

XI.

Del león á los instintos
El pueblo no fué rehacio,
Que aire, sol, tierra y espacio
Se miran en sangre tintos.
Unos y otros indistintos
Mordiendo la tierra están,
Pues desplomándose van

A los tajos y mandobles,
Tronchados como los robles
Que descuaja el huracán

XII.

En el confuso tropel
¡Cuál llueven golpes ciertos
Y cuál vibran los aceros
Sirviéndose de broquel!
Piafa azorado el corcel
Que indómito se encbrita,
Y entre el tumulto y la grita
En que todos se atropellan
Sus cascos de hierro huellan
Carne humana que aun palpita!

XIII

Derrúmbase la muralla
Deshaciendo las legiones,
Y siega los escuadrones
El furor de la metralla
Para la muerte no hay valla:
Mas la gente no se aterra,
Que al caer exánime en tierra
Luchando con su dolor,
Se escucha un solo clamor:
"¡Armas, armas! ¡Guerra, guerra!"

XIV.

Triunfó Anáhuac. Satisfecho
El nuevo siglo quedó:
La fuerza al fin sucumbió
A la razón y al derecho
Del universo en provecho
Fija quedó la advertencia:
Pues del mundo á la presencia
Quiso aquel pueblo mostrar,
Que es digno y sabe comprar
Con sangre su independencia.

XV.

¡España! Hoy revive, sí,
El fuego del patrio amor;
Mas sólo cantos de amor
Tiene el labio para tí.
No fué tuyo el frenesí:
Fué del siglo, de la edad,
Pasada la tempestad,

Ves con dulces regocijos
El júbilo de tus hijos
Que cantan su libertad.

XVI.

Heroes, mártires sagrados,
Asombro y pasmo del mundo:
Hoy dormís sueño profundo
Tranquilos y sosegados.
Mas si invasores osados
Implantan aquí su huella,
O contra la patria bella
El ronco cañón retumba,
Os alzareis de la tumba
Para combatir por ella.

XVII.

¡Mexicanos! Del Levante
Al Ocaso respetada,
Hoy flamea desplegada
Nuestra insignia trigarante.
Báñela el sol irradiante
Con su vivo resplandor,
Y osténtese á su fulgor
Siempre altiva, siempre ufana,
El águila mexicana
Del pabellón tricolor!

Monterrey, Septiembre 16 de 1888.—
M. Pérez Bibbins.

DISCURSO pronunciado por el Lic. Virgilio Garza, en el Teatro del Progreso, el 16 de Septiembre de 1888, en representación del "Gran Círculo de Obreros de Monterrey."

SEÑORES:—Honrado por el "Gran Círculo de Obreros" de esta Capital, para llevar su representación en esta solemne fiesta que recuerda una de nuestras más grandes glorias nacionales, he creído de mi deber aceptar ese difícil encargo. Si con la desconfianza propia de quien sabe que no ha de cumplir, tal como quisiera, su cometido, con la convicción también de que, al hacerlo, realizo en lo posible, la sagrada aspiración que alienta en todo pecho mexicano, de unir la voz al himno de gratitud que se levanta en honor de los héroes que nos legaran patria y libertad.

Inútil sería referir aquí los acontecimientos que forman la gran epopeya de nuestra independencia, enumerar, una vez más, esas gloriosas acciones, atrevidas hasta el heroísmo, que hubieron de dar por resultado nuestra emancipación política. Presentes están en todas las memorias, grabadas en todos los corazones; mas honrosa prerrogativa de nuestra admiración hacia ellas es el recordarlas, elevar los vuelos del espíritu ante las consideraciones á que se presta su cumplimiento, por tal modo extraordinario, que no parece sino que á él colaboraron todas las energías, y dieron su cooperación todas las ideas de libertad que acababan de nacer á la vida, en medio de los extravíos y sublimidades de una revolución única hasta hoy en la historia.

Comenzaban en aquellos tiempos á esparcirse

por el mundo político las nuevas ideas de igualdad. La cabeza de un monarca francés, de un representante del derecho divino, rodando por las gradas del cadalso, hería de muerte el decrepito edificio de las sociedades antiguas, que tenían por columnas de apoyo, las preocupaciones, y el prestigioso aparato de que habían rodeado sus fórmulas de gobierno, y su manera de ser como naciones ligadas por altos y superiores designios á la suerte de una familia ó de un individuo. Aclarábanse los horizontes, y aparecía á los ojos de la multitud, de los proletarios, de los sujetos á la gleba, de esa parte tan importante y tan numerosa de las sociedades que se llama Pueblo, algo nuevo, si velado, con las sombras de lo desconocido, más conforme á su naturaleza y á sus sentimientos de dignidad, que lo que hasta entonces había logrado alcanzar bajo la tiránica dominación de los Señores Feudales, ó bajo el imperio, no menos exigente de la Monarquía.

El recuerdo de tantos años de despotismo, y la preparación á grandes manifestaciones, realizado bajo ciertas épocas en que se hizo gala del poder real como poder absoluto, precipitaron en el Viejo Mundo los acontecimientos y las ideas que estos entrañaban, no podían menos de tener resonancia más acá del Océano, en México, sobre todo. Se acogían en todos los espíritus, se conservaban como débil esperanza en todos los corazones, parecían flotar en la cargada atmósfera, y no de otro modo que en un cielo preñado de nubes, y surcado por corrientes de electricidad, se condensa ésta, y el rayo se produce, así se condensaron para incarnarse en un hombre: Hidalgo; y para producirse en un acontecimiento: la declaración de nuestra independencia.

Alma grande, templada en el crisol del heroísmo, preparada para el martirio, Hidalgo

acepta la lucha. Se agranda en esa lucha que es el batallar eterno de nuestra humanidad: la lucha de la víctima contra el verdugo, del oprimido contra el tirano, del progreso contra lo decadente, de lo porvenir contra lo pasado. Sabe que ha de morir en la demanda, que no ha de ser él quien pueda conducir á su pueblo á la tierra prometida de la libertad; más no por eso persigue con menos ardimiento su propósito. La cruz es para los que redimen, más, ah! que las viles escarpas que en Granaditas sirvieron para colgar las cabezas de los que iniciaron la obra de redención, en vez de ser los padrones de su infamia, fueron los laureles de su gloria, y la sangre que vertieron por lo patria, hizo crecer con vigor y lozanía, el germen de libertad que habían despertado en el suelo mexicano.

Porque hubo quien recogiera su herencia de gloria. Allí estaban Morelos y Galeana y Bravo y Matamoros y otros muchos. Sobre todo Morelos que con su genio como capitán, y su pericia como soldado, dió prestigio á la decadente revolución, con sus repetidos ataques á las tropas españolas, en que siempre sufrieron éstas la vergüenza de la derrota, y con su heroica defensa de Cuautla, página sublime de nuestra historia que parece arrancada de las caballerescas leyendas de la antigüedad, hizo comprender al Gobierno Vireynal, cuánto se agiganta el espíritu, y cuán indomable es la voluntad cuando han penetrado en lo íntimo de la conciencia, la justicia y el derecho que asisten á la causa que se defiende.

Tras de once años de batallar incansable, quedó consumada nuestra independencia. Pero más tiempo, y más sangre, ¡sangre de hermanos! debió costar á Mexico la conquista de los principios que habrían de asegurar la nueva independencia, la más sacrosanta, aquella ante cuyas

lucen, se oscurecen los soles moribundos que alumbraron las civilizaciones antiguas: la libertad del espíritu. Eramos nación independiente; pero éramos hombres sujetos á las preocupaciones que detuvieron la marcha del progreso, las cadenas del esclavo habian sido rotas en pedazos; pero los lazos que nos sujetaban al sistemático exclusivismo de la teocracia, nos ligaban todavía á lo pasado, con las fuerzas de la tradición, de la costumbre, de la ignorancia de nuestros derechos como hombres, del desconocimiento de nuestros deberes como ciudadanos.

Prolongado y tremendo batallar fué el de las ideas nuevas contra las ideas antiguas. Apoyadas éstas por el ejemplo de una larga precedencia en la Historia, y por autoridades que parecían indiscutibles aun á aquellos mismos cuyo espíritu vacilante se sentía invenciblemente atraído hacia las corrientes modernas, parecían sobreponerse á aquellos, que sólo tenían en su abono la fe de sus defensores, el heroísmo de sus mártires, la grandeza de sus ideales, y la esperanza en el progreso indefenso de la humanidad. Años de angustia para la Patria fueron aquellos en que se vió regada la tierra mexicana por sangre de patriotas, en que los más confiados sentían el descorazonamiento de lo imposible, en que hasta se vió ¡nefando recuerdo! que los vencidos en esas disensiones de hermanos solicitaran el apoyo de naciones extranjeras desgarrando con sacrílega mano las vestiduras de la Libertad, destruyendo el edificio de nuestra independencia, para elevar sobre sus ruinas el sólio imperial de un príncipe europeo.

Y tal hubiera sucedido si no aparece, para coronar la obra de la mancipación el gran Juárez, que seguido por un puñado de partidarios, de sectarios más bien, en medio de sus peregrinaciones, acosado por la adversa fortuna y por

los rencores políticos que le disparaban sus más envenenados tiros, escarnecido por una parte no pequeña de sus gobernados, que apenas llegaban á comprender sus propósitos de regeneración, se vió casi sólo en frente de formidable partida que amenazaba devolver á la República á los odiosos tiempos en que imperaba la ley del capricho, en que se hacía escarnio de las garantías, y del hombre un instrumento y del pensamiento un esclavo.

Pero en la lógica de los acontecimientos está que la idea tiene que sobreponerse á la fuerza, y la fuerza avasalladora de las armas, venció la salvadora idea del apóstol de nuestras libertades políticas. Por eso los héroes, como dice un escritor ya célebre, bajaban serenos á la tumba á pesar de la derrota de las armas nacionales, confiados en que mientras la mano de Juárez empuñase la nacional bandera, el honor mexicano estaría ileso, mientras el grande hombre alentase la defensa de la República, los invasores serían impotentes para matar la libertad, y mientras su esfuerzo prodigioso no faltase, sería cierto el triunfo definitivo del derecho.

En esa augusta Trinidad que con Juárez termina, está compendiada nuestra historia como nación, en sus acciones, nuestro ideal como ciudadanos; en el cielo de nuestras glorias, Hidalgo, personifica el pensamiento que redime, Morelos, la acción que enaltece, Juárez, el progreso de aquel pensamiento en el orden lógico de los acontecimientos, y la acción perseverante en alcanzar un fin, razonablemente acordado á las condiciones sociológicas del hombre; como ser inteligente y libre.

Compréndese que la tarea no está más que comenzada. Emancipado el pensamiento, dignificada la razón, colocado el individuo en el me-

dio social propio para el desarrollo armónico de sus facultades, en consonancia con las fórmulas de progreso que alientan en todos los espíritus, debemos cumplir como buenos con la difícil misión á que dieron primero y soberano empuje los hombres á quienes la patria venera como héroes, y bendice como mártires. Guardar, con el celoso cuidado de aquellos que custodiaban en antiguos templos el sagrado fuego de los Dioses, los inalienables derechos que vinieron á tener sanción en nuestras leyes fundamentales merced al esfuerzo de aquellos que hoy recordamos, encausar las tendencias de nuestra actividad, hácia el cumplimiento de los altos propósitos de los libertadores, son nuestras obligaciones ineludibles. Allí en esos deberes de ciudadano, en la colaboración á aquellos grandes pensamientos que nos dieron vida propia y libertad absoluta como partes integrantes de este gran todo que se llama humanidad, está la más alta significación de nuestra gratitud, la recompensa que más hermosa pudiera parecer á quienes llegaron al Calvario de sacrificio, por ver á nuestra querida patria, libre, respetada y feliz.—DIJE.

